

9. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

“Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza.” (1Pt 3,14-15)

Cuando San Pedro nos pide razón de la esperanza que hay en nosotros, lo hace porque sabe que la esperanza cristiana es una realidad fundada en Cristo presente que nos salva. La esperanza no es un bonito sentimiento, una virtud que se apoya en nosotros mismos, sino en la roca que es Cristo. Por eso, Pedro subraya que el signo de una esperanza real y bien fundada es una mansedumbre que le permite justificarse a sí misma, sin necesidad de defenderla a capa y espada: “pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo”. (1 Pe 3,16)

Siempre es así: la intolerancia del fanatismo revela que la realidad que sustenta la fe y la esperanza no es verdaderamente sólida, por lo que nos ponemos a defenderla en lugar de testimoniarla como lo que es, en lugar de dejar que irradie de nuestra persona, no como flechas o bombas que estallan para herir y eliminar a los enemigos, sino como luz y fragancia que la propone y la regala a todos.

Para medir la necesidad de una esperanza profunda debemos entonces, de un modo u otro, aceptar que nuestra esperanza está siendo puesta a prueba y, por tanto, necesitamos experimentar una cierta desesperación. No una desesperación creada por nosotros, masoquista, quizás romántica, o caprichosa, sino la desesperación real en la que cada uno de nosotros tarde o temprano llega a encontrarse si no censura el drama de la vida que es fundamentalmente el enfrentamiento con la muerte. Es la experiencia en la que se encuentran tantos pobres y pecadores y, por tanto, toda la humanidad.

Pero en esto debemos pensar sobre todo en el grito de Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46; Sal 21,2)

¿Acaso a Jesús, el Hijo de Dios, le faltaba esperanza?

En su profunda encíclica sobre la esperanza, *Spe salvi*, Benedicto XVI destacó una frase de san Bernardo que nos ilumina sobre el misterio de Cristo: “La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto, nos ha enseñado que Dios –la Verdad y el Amor en persona– ha querido sufrir por nosotros y con nosotros. Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*, Dios no puede padecer, pero puede compadecer. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza.” (*Spe salvi*, n. 39)

Podemos decir entonces que a Jesús no le faltó esperanza, sino que experimentó con nosotros y por nosotros la desesperación, un estado en el que el hombre se siente totalmente abandonado, totalmente despojado, en el que no tiene nada ni nadie a quien aferrarse.

Este estado de abandono no es una posición contra la esperanza. Todo lo contrario. Este estado es paradójicamente el espacio en el que la esperanza se siente como indispensable y que nos permite vivirla por lo que es y debe ser. La desesperación, tal como la vivió Jesús, es un vacío de esperanza que la exige absolutamente. Es como quien se ahoga en el mar, como Pedro en el capítulo 14 de Mateo, y sintiéndose asfixiado no espera otra cosa que poder respirar. La asfixia prueba que el aire existe, que debe existir, absolutamente, aunque ya no se dé por descontado tenerlo. El grito de Pedro, “¡Señor, sálvame!” (Mt 14,30), es un grito desesperado lleno de esperanza, lleno sólo de esperanza.

Pero tanto Jesús en la cruz como Pedro hundiéndose en el mar nos enseñan un aspecto fundamental de la esperanza cristiana: es un grito, pero no un grito en el vacío: es un grito a alguien, un grito que llama a alguien: Jesús llama al Padre; Pedro llama a Jesús. ¿Cómo puede un grito, como el de Jesús en la cruz, despertar la esperanza? Pensemos, por ejemplo, en el salmo 87. Suena como un salmo al borde del suicidio; suena como un salmo totalmente desprovisto de luz y de esperanza. Suena casi como el salmo de Judas que desaparece en las tinieblas: “Alejaste de mí amigos y compañeros: mi compañía son las tinieblas” (Sal 87,19) – “Y era de noche” (Jn 13,30).

Las expresiones de este salmo pueden parecer exageradas. Pero cuando leemos y escuchamos las historias de los que han sufrido en campos de concentración, de los que viven en la miseria, de los que padecen enfermedades incurables, ya sean físicas o mentales, de los que sufren graves depresiones, de los que pierden a sus seres queridos, de los que viven en soledad, de los que son abandonados, de los que son traicionados, de los que han sido maltratados, de los que no tienen trabajo, de los emigrantes, de los que hoy sufren la guerra, los bombardeos sin sentido que matan a tantos inocentes; o cuando pensamos en los momentos más oscuros de nuestra propia vida, entonces no nos parecen exageradas las expresiones de este salmo. Nos ayuda a percibir un poco el inmenso sufrimiento interior de Cristo, y a comprender que Él recibe y resume en sí mismo, en su corazón, en su alma, todo el sufrimiento inocente y culpable de la humanidad. También Él, poco antes de morir, pudo exclamar: “mi compañía son las tinieblas” (Sal 87,19). Hay santos, como la Madre Teresa de Calcuta, que pasaron casi toda su vida inmersos en las tinieblas de la tristeza mortal, sintiéndose abandonados por Dios como Jesús en Getsemaní y en la Cruz.

Pero, ¿qué es lo constante en este salmo? ¿Qué repite continuamente este salmo, qué declina en todos los sentidos, junto con las lamentaciones? Repite y declina “¡Tú!”. En el fondo de la desesperación, el salmista sigue diciendo “Tú” a Dios, le llama, le implora, y también le acusa, le reprocha, le hace responsable de todo abandono, incluso del de sus amigos. No acusa a sus amigos de abandonarle, ¡sino que acusa a Dios de alejarles de él! Sin embargo, incluso para acusarle, tiene que decir “Tú” a Dios, de modo que confiesa que Dios está ahí, que le alcanza su grito. Como Jesús: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Al fin y al cabo, tampoco Jesús acusa a los Romanos, a los Judíos o a sus discípulos de abandonarle: se siente y se dice abandonado por el Padre, grita al Padre que se siente abandonado sólo por Él.